



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 30 DE JULIO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## Pequeño homenaje a Leopoldo Alas 'Clarín'

UN GALLO PARA ESCULAPIO  
OLGA DE LEÓN G.

Quién pudiera entender mejor a Sócrates, que el mismo Sócrates: nadie, supongo. Si la ironía no tuviera padre, Sócrates sería el idóneo progenitor de tal elocuencia y sabiduría.

Hay cuentos que son joyas del pensamiento clásico y otras de la verbena popular que se parecen tanto entre sí, que nadie sabría si el dicho proviene de uno o de la otra, cuando lo denuncia alguien de su estirpe o del barrio, con la misma grandilocuencia.

Así fue como Sócrates en voz de "Clarín" dejó encargado a Critón de que matara un gallo para pagarle a Esculapio el favor de vida que le hacía al quitársela, y con ella llevarse sus penas y sufrimientos, fueran justa o injustamente sufridos por el de Alopeco.

Qué cosas tienen en su testa algunos humanos, hermana. Sí, ¡qué cosas! Unos sanos y sabios que buscan la muerte y quieren agradecer al dios de la muerte por su partida del mundo, y al mismo tiempo ordenan al discípulo y amigo que mate un gallo en honor del que tal les concede: morir y, ¡ya!

¡Cómo!, entonces, por eso me persiguen y acosan con tanto ahínco. Apenas puedo creerlo. ¡Qué les sucede!

El gallito pinto, el más flaco y pequeño del barrio, mira a su hermana la gallinita cacareadora y le dice: Y, ¡yo qué hice! Por qué Critón me acosa y quiere matarme. A ese Esculapio ni lo conozco y si Sócrates mirarme siquiera de reojo pudiera, me mandaría dormir una siesta a diario y comer una buena cesta del mejor pasto con gusanitos de tierra, para ver si así crezco y me desarrollo un poco, al menos... "yo digo", antes que matarme para regalar mi cadáver a Esculapio.

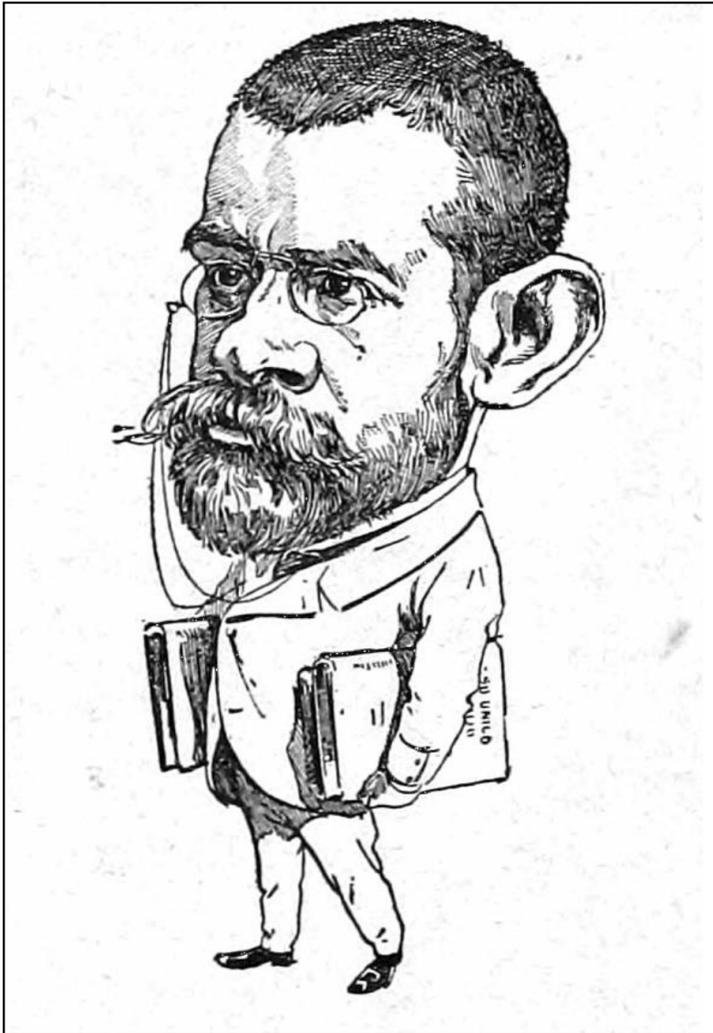
La Filosofía, naturalmente no es lo mío, hermanito querido; pero sí te digo que conmigo se las verán si a ti te pasa algo, antes de que engordes un poquito y nuestros padres se sientan orgullosos de ti, por algo, por cualquier cosa, mi gallito pinto querido.

Sí, eso es, hermanita, no se vale tanta "enjundia"... -Será injusticia, mi pequeño hermanito... -No, enjundia: Qué médula es lo que le falta a ese tal Sócrates, para querer sacrificarme al dios del otro mundo, solo porque él prefirió cambiarse de barrio y yo creo que de bando también: No es mi culpa que lo acusen de lo que nunca ha hecho... o de lo que él no sabe que haya hecho o pensado siquiera hacer: "pervertir jóvenes".

Bueno, hermanita, por lo pronto: tú no me has visto ni sabes en dónde pueda estar: pregunte quien pregunte por mí.

De acuerdo hermanito; y mientras, ¿tú qué harás? Deja pienso bien una idea a la que le doy vueltas hace rato: Poner polvo entre nosotros. ¡Huir! Irme a Sicilia o buscarte un buen hermano sicario, que me defienda de los sabios y nobles atenienses... que de verdades y conocimientos ya me cansé. De ideas no vive el hombre y tampoco de verdades que matan sin mirar la paja en el ojo ajeno... Al fin y al cabo, ni la paja ni el ojo son riquezas ni capital alguno.

¡Ay!, mi gallito pinto, a mí se me hace



que tú ya te asocretaste o te pegó algún viento raro con este duro trance por el que estás pasando. Mira, mejor si vete a Sicilia, consigue una buena novia y, además, arrímate a buen árbol, a uno de esos que te den buena sombra y ni lo pinto se te note. Así Critón no dará contigo y Esculapio no recibirá regalo alguno... por razón más absurda como la que Sócrates con su ironía, pretendía darle.

"Addio, dulce vita", alcanzó a exhalar el gallito pinto, cuando Critón le retorció su delgado cuello... Y, en rodándole un mar de lágrimas, la gallinita cacareadora gritó: ¡"injundioso" y falso Sócrates: tus palabras te ahoguen y muera una y otra vez más! ¡Viva la ironía!, ¡muera la falsa verdad!

DE AMOR Y RESPETO  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Rocío descendió del auto de su novio. Llevaba la prueba de embarazo aún cerrada, dentro de su bolsa. Nerviosa, abrió la reja de su casa. Subió escaleras, metió la llave en el cerrojo y abrió la puerta de madera, temblorosa, como oruga que camina sobre el pasto. Rocío entró al baño, obtuvo la prueba y se sentó en la taza. Esperó unos minutos, mordiéndose los labios, mirando el lavabo y el espejo,

el bote de papeles sanitarios, el piso de mosaico gris y cuadros blancos que cambiaban de tamaño. Escuchó pisadas de tacón en el segundo piso. Su madre estaba en casa. Miró su reloj negro de pulsera y confirmó que habían transcurrido unos minutos. Abrió la boca, aspiró profundo y miró el tubo de plástico: dos líneas rosadas... A sus diez y nueve años, Rocío estaba embarazada.

En el piso de arriba, la madre de Rocío se peinaba de prisa, pasando cepillo y spray fijador sobre su cabello, pero pensando, más que en su imagen envejecida en el espejo, en las preocupaciones por su hija. Una rebelde que, quizás, hacía todo lo posible por molestar a los padres. Una adolescente que se besaba con otras chicas cuando tenía novio, que llevaba tres años consumiendo marihuana y a quien había internado ya dos veces en grupos de rehabilitación. La última vez, la hija había escapado del centro sanitario junto con otro paciente, veinte años mayor que ella. Se ocultaron durante dos meses en casa de él. Ahora la situación estaba fuera control: La madre había encontrado en la recámara de su hija: cocaína y piedra. Creyó en lo que le había dicho la psicóloga: El problema de su hija era de autoestima. Pero ¿cómo podía ella, como madre, ayudarla? ¿Qué

debía decirle y de qué manera?

En el piso de abajo, encerrada en el baño, Rocío lloraba con los ojos entrecerrados, con las pupilas hinchadas. La saliva se le escapaba de la boca y la mucosidad de la nariz resbalaba hasta el suelo. Trataba de controlar el llanto para hacer el menor ruido posible, más los sollozos eran las bocanadas de una niña que ha perdido su muñeca. Se limpiaba el rostro con el torso de la mano, cuando las lágrimas nuevamente desbocaban río adentro y volvían a inundar sus mejillas.

Arriba, la madre de Rocío distinguió los gimoteos. Se quedó quieta, observando sus pupilas reflejadas en el espejo. Distinguió un destello, el brillo cristalino de una lágrima a punto de escaparse. Soltó el cepillo y el spray y se dirigió a la escalera. Descendió a la planta baja y ubicó el lloriqueo. Tocó a la puerta: "¿Qué pasa, Rocío?" El llanto se volvió un chubasco pleno. La hija abrió la puerta casi de inmediato. "Estoy embarazada". Su madre comenzó a llorar sabiendo la responsabilidad que se le venía a su hija. "Tienes que dejar todas esas drogas, hijita mía". Rocío recargó su cabeza sobre el pecho de su madre y la movió de arriba a abajo, una y otra vez. Esa misma noche, tiraron a la basura los estupeficientes.

Pasaron dos semanas y la madre de Rocío volvió a entrar en la recámara de su hija. Caminó rozando la orilla de la cama. Escuchó un ruido fuera de la casa. Se asomó por la ventana. Se trataba del auto del vecino que llegaba. Cerró la cortina. Volvió a rodear la cama hasta el buró. Abrió el primer cajón; nada extraño encontró ahí. Abrió el segundo; estaba casi vacío. Abrió finalmente el tercero y escuchó bajo la ropa; nada extraordinario. Pero ahí estaba... en el ambiente, ese olor peculiar que se había ido hacia dos semanas y que había vuelto la noche anterior. Levantó el colchón y metió la mano debajo. Se topó con un plástico. Lo jaló y encontró: cocaína y piedra. Salió del cuarto.

Bajó a la cocina. Dos horas pasaron con la lentitud de un bote de vela que cruza el Atlántico. Estuvo pensando en lo que diría, en que le aclararía a su hija las consecuencias de estar consumiendo drogas con el embarazo, en la carga que eso traería para ella y su bebé. Les daba vueltas a las palabras. Comenzó a dormir a pesar de las tres tazas de café que había bebido. La despertó el ruido de la puerta. Había oscurecido. Encendió la luz. Su hija entró en la cocina. La madre la miró con la rectitud del acero. Con la vista hizo una señal hacia la barra de la cocina, directamente a la bolsa de plástico. "¿Y esto?". Rocío guardó silencio. Bajó la mirada; trató de perderla entre los cuadros blancos del mosaico del piso. "Mírame. ¿Quieres tener al bebé, o no quieres? Porque si no quieres, te ayudo".

La madre de Rocío no había pensado en decirle eso. Le salió del alma agotada. Ella misma se sorprendió de sus palabras; fueron frontales, pero necesarias: La madre no podía hacerse responsable por las decisiones de su hija. Podía apoyarla en lo que decidiera; pero el problema, en realidad, no era suyo.



William Penn

Cuáquero inglés, fundador de la colonia norteamericana de Pennsylvania (Londres, 1644-1718). Era hijo de Sir William Penn, almirante de la flota inglesa en las guerras contra España y Holanda. En 1666 se sumó a la secta protestante de los cuáqueros, fundada en aquellos mismos años por George Fox; se sintió atraído por su mensaje de revitalización del cristianismo, rechazando los dogmas y los cultos para luchar por la fraternidad, la igualdad, la libertad y la paz universal. Perseguido por estas ideas -al igual que Fox-, se convirtió en predicador y defensor de la causa de la libertad religiosa en Inglaterra.

William Penn entró en la política inglesa de la mano del partido Whig, al que le unían las ideas de tolerancia y división de poderes; pero, defraudado por los fracasos políticos cosechados en la metrópoli, acabó volviendo su vista hacia las colonias inglesas en Norteamérica, en donde ya se habían establecido algunos cuáqueros (en Nueva Jersey). En 1681 obtuvo del rey Carlos II de Inglaterra -a cambio de la anulación de unas deudas- una concesión territorial en Norteamérica, con un nombramiento de gobernador que le permitió organizar una nueva colonia al año siguiente; le dio el nombre de Pennsylvania en honor de su padre, si bien incluía el territorio de los actuales Estados de Pennsylvania y Delaware; y fundó la ciudad de Filadelfia como capital.

La colonia, que fue propiedad de los Penn hasta la independencia de los Estados Unidos (1783), fue un modelo por su constitución liberal y democrática, por el respeto con que trató a los indios y por la tolerancia con que acogió refugiados e inmigrantes de diversos lugares de Europa, dando lugar a una sociedad multicultural.

Penn regresó enseguida a Inglaterra (1684), en donde su amistad con el rey Jacobo II le permitió aconsejar a éste una política tolerante en materia religiosa. Fue perseguido tras la revolución de 1688, época en la que Pennsylvania sufrió ataques de la Corona y del Parlamento a su autonomía. Tras su segundo viaje a la colonia (1699-1701), defraudado por su mal entendimiento con los colonos y por las deslealtades de personas de su entorno (incluido su hijo William), se dispuso a vender Pennsylvania cuando le sorprendió la muerte.

Mónica Lavín

## Barbie y yo

Aún no veo la película, pero tengo muchas ganas. Incluso antes de leer artículos tan interesantes como el de Willa Paskin en el New York Times (23/07), que explica la libertad y la intención de su directora Greta Gerwig, la postura de Mattel y el respaldo de la productora para una mirada atrevida, el tráiler me había hecho sentir que también esa película era para mí. Ahí leo que Gerwig quiso "que el matrimonio efervescente de cineasta y material rompiera la cacofonía de la vida contemporánea y devolviera un trozo de plástico en edad de jubilación al espíritu de esta época". Barbie es tan sólo un poco más joven que yo. ¿Cómo es que yo que recibí mi primera Barbie al regreso del viaje de mis padres en 1964 se podía emocionar con la idea de Barbielandia, de una película que ensartaba en un collar de continuidad y cambio a varias generaciones? Aquella Barbie recreaba el espíritu de su tiempo también, llevaba el pelo lacio, un vestido corto ceñido al cuerpo con cinturón a la cadera, cuello halter y botas, claro, con tacón. Esa Barbie que aún vive en un cajón, con una rajada en la mandíbula y el pelo revuelto, fue azafata, se subió a un coche rosa, se rio con su amiga Midge, y con su hermana Skipper, y... suspiraba por Ken. No las vendían en México, si alguien viajaba

a Estados Unidos era un tesoro que nos mostrara el nuevo atuendo y zapatos para la muñeca con la que jugamos mi hermana y yo, las amigas y luego mis hijas. Fui feliz regalando a mis hijas las Barbies que pedían y que ya estaban al alcance en las tiendas de México. Incluso, la menor tiene algunas de colección vestidas de charra o de tailandesa o de Mary Poppins.

El cajón que guarda ese universo creció y aún está en casa esperando a la nueva generación que se dará gusto con las Barbies de todas tallas y colores, facciones latinas, asiáticas o africanas en el giro atinado que dio Mattel en el 2015 a la muñeca que inventó Ruth Handler. Un banquete de Barbies en un mundo diverso donde los niños construimos una realidad virtual.

Confieso que aún husmeo los pasillos de las tiendas de juguetes para ver las cajas con esa muñeca que ahora es veterinaria, astronauta, usa silla de ruedas, o es basquetbolista. Me deleito contemplando porque pienso en una suerte de felicidad que acompañó mis días, mis anhelos, aprender a coser con mi abuela que hizo el vestido de novia para la Barbie, bordado de lentejuelas y muy setentero con su talle alto y su silueta sencilla. Quiero ver la película para tocar mi fascinación y rozar esa ira que provocaba un ideal de belleza inalcan-



zable para quienes teníamos el cuerpo invertido, cadera ancha y senos menudos. Quiero ver la película con las que ya rebasamos la edad de jubilación y deseamos contemplarnos en dos mundos, dos tiempos, eso sí vestidas de rosa, porque la película nos propone un juego imposible en la vida cotidiana y porque el mundo no es rosa. Dicen que el furor rosa se ha desatado y escasean los productos de ese color, me emociona la idea de que una película logre hacer con inteligencia y un discurso

contemporáneo lo que en su momento hicieron las muñecas con nuestras vidas.

Dice Paskin sobre la película: "Después de décadas de preocuparse porque las niñas quisieran ser tan perfectas como Barbie, Gerwig presenta una Barbie que lucha por ser tan resistente como nosotras."

Veré la película y después abriré ese cajón intocado, esas bolsas llenas de ropa envejecida para disfrazar muñecas, quiero saber que el mundo plástico tuvo y tiene un sentido.

*ad pedem literae*

Los que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo.

George Santayana

Letras de buen humor

El ejercicio físico es una bobada. Si estás bien no lo necesitas y si estás mal no puedes hacerlo.

Henry Ford